

LIBERTAD VIGILADA
DIEGO MEDRANO

TENER CUERDA PARA TODO



Sabino Méndez (Barcelona, 1961) fue para muchos el cerebro intelectual de Loquillo durante años. Su mundo es libreresco, literario, muy aromado de influencias dandis y de estar –alerta o al acecho–. Siempre al cabo de la calle. Ahora publica sus mejores años en fuga y de brindis al sol: ‘Literatura universal’ (Anagrama). La novela (biografía o autoficción) tiene una erudición vivida e impresionante: en primer lugar, introduce las citas dentro del texto con llamada a pie de página sobre el libro en cuestión, algo que hace la lectura muy veloz; en segundo lugar, por página se citan un par de libros en un tocho general de seiscientas páginas. La literatura como palimpsesto, sí, un sistema de citas, pero también toda una poética que comparte con Borges: «Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo prefiero jactarme de los que me ha sido dado leer».

Libro de libros, por tanto, en una cata inicial, pero también biografía íntima, mucho de dónde estaba él, cómo estaba él, qué fue de la vida, mientras esos libros se devoraban. El aire general es el del ‘bildungsroman’ (novela de iniciación, novela de aprendizaje, novela de un creador contando el porqué de su inmersión en el mundo de la creación) pero salpicado de autopsias frías sin la menor complacencia. Pronto, siendo un adolescente, entiende el poder de la cultura: «La simple información, el conocimiento, te hacía un rey en aquel mundo de niños insegu-ros, cándidos, de grandes medios y

descompensados criterios». Años de ligues, años de playas, años de borracheras y de los primeros tanteos musicales, años de la tierra abajo y el sol arriba, años de los primeros porros y años, abrumadores años, de tenaces lecturas. Leyenda pura del jinete con cabeza: «Noche, pasa deprisa. Horas, correde veloces». Poéticas de escritura que pocos conocen: «La coma es la clave de todo, no lo olviden» (Dario Fo). Errancia, angustia existencial ojos siempre de múltiples facetas, como los de los insectos. Ni es nostálgico ni imposta su entusiasmo, un lujo.

Resalta Madrid sobre todo palestismo de provincias (incluida Barcelona). El carrusel puro del dinero, que sube y baja, compra discotecas con los ingresos de la música y éstos llegan entre azares extraños y cuando en el fondo del mar aparen los primeros tiburones hambrientos. Méndez es analítico: todo se lo pregunta sobre los jipis con pasta y sin ella, sobre el jazz y el rock, sobre la contracultura de los sesenta o las fronteras entre genio y locura, entre necesidad y vocación, entre fama y moral, entre moda y tendencias delictivas. Todo su pensamiento es lo contrario de la abulia: Cultura es acción –parece decirnos– y todo tiempo inmóvil, pura muerte. Velocidad viva: «Leer clásicos era valor seguro, pero leer a amigos y comparar sus lecturas era una sorpresa donde podías salir llevándote algo valioso e inesperado, se trataba solo de entrenarse en tener cuerda para todo, para aguantar cosas malísimas, ser capaz de leerlo todo, de escucharlo todo». Hambre azul.